

## JOSÉ ASUNCIÓN SILVA Y EL DESARROLLO ECONÓMICO



ALEJANDRO GAVIRIA

“**D**E SOBREMESA ES LA NOVELA de un loco escrita por otro”, escribió Fernando Vallejo en su biografía de José Asunción Silva, el poeta, el otro loco. En las primeras páginas de la novela, el protagonista, José Fernández, expone sin aspavientos sus sueños de grandeza, sus ideas sobre el desarrollo, sus planes para el futuro de su patria, un país definido por la distancia entre sus potencialidades y sus realidades.



Muchas veces, para cambiar el mundo, para transformar la sociedad, incumbe abandonar las grandes ideas, escoger un proyectico, uno solo, ejecutarlo y continuar con el siguiente.

“El país es rico, formidablemente rico, y tiene recursos inexplorados, es cuestión de habilidad, de simple cálculo, de ciencia pura, resolver los problemas actuales”, declama José Fernández como tantos otros antes y después. Sus ideas parecen copiadas de los planes de desarrollo de estos tiempos, de los reportes internacionales sobre algún milagro económico en las antípodas; describen círculos

virtuosos, transformaciones estructurales, saltos cualitativos, el *big push* de los economistas del desarrollo:

Equilibrados los presupuestos por medio de sabias medidas económicas: disminución de los derechos aduaneros, [...] reorganización de los impuestos sobre bases científicas, economías de todo género; a los pocos años el país es rico y para resolver sus actuales problemas económicos, basta un esfuerzo de orden; llegará el día en que el actual déficit sea un superávit que se transforme en carreteras, en ferrocarriles, en puentes que crucen ríos tormentosos, en todos los medios de comunicación de que carecemos hoy, y cuya falta sujeta a la patria, como una cadena de hierro y la condena a inacción lamentable.

José Fernández, el loco, era un desarrollista sin límites, un romántico de la economía. Soñaba con el grito metálico de las locomotoras, con innumerables rebaños pastando sobre fecundas planicies, con el platino, el oro y la plata brillando en los ojos de los mineros, con racimos de banano doblegando las ramas de los árboles, con hilos telefónicos temblando con la agitación de los negocios, todo ello, como una gran fuerza gigantesca, creciendo en progresión geométrica. “Llamaré economistas de fama europea y consultaré los más grandes estadistas del mundo para proceder acorde con ellos al

arbitrar las medidas que culminarán la obra”, afirma con optimismo, con pasión reformadora.


Imbuido en sus sueños de grandeza, José Fernández visita en la ciudad de Londres al médico Sir John Rivington, autor de varios libros que, en su opinión, lo ponían a la altura de Charles Darwin y Herbert Spencer, los grandes pensadores de su tiempo. A diferencia del protagonista, Rivington personifica la atenuación inglesa, el escepticismo acerca de los grandes planes y los delirios colectivos. El médico inglés, un microescéptico, escucha atentamente al protagonista colombiano, un macrosoñador. Deja pasar algunas horas y hace después, en tono tranquilo, flemático, algunos comentarios.

“Deseche esos sueños políticos que son irrealizables. Usted no tiene el hábito de ejecutar planes, [...] hay que comenzar ideando y llevando a cabo cosas pequeñas, prácticas, fáciles, para lograr al cabo de muchos años enormidades de esas con que usted sueña”, le aconseja el médico a Fernández, el loco. “El sueño es el enemigo de la acción. Piense Usted, conciba un plan pequeño, realícelo pronto y pase a otro”, dice más adelante, con el mismo énfasis gradualista, escéptico sobre los grandes planes.

Rivington es un representante de la llamada Ilustración Escocesa, lo animan no el voluntarismo spenceriano, ni el utilitarismo de Bentham tan parecido al santanderismo criollo. Parece inspirado, más bien, por las ideas de Adam Smith sobre la complejidad del mundo social, la sobrevaloración de la política y la impertinencia del “hombre del sistema”, aquel que intenta rehacer la sociedad según un gran plan o una visión única y exaltada.

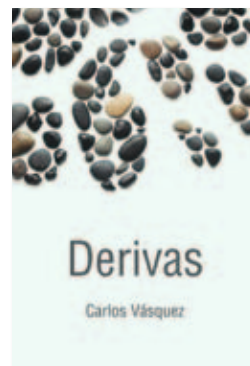
El hombre del sistema, pensaba Smith, supone que los seres humanos son fichas en un tablero de ajedrez que pueden ser movidas a su antojo. Los grandes planes, sugería Smith, soslayan la complejidad del mundo y sobrestiman el poder de la ingeniería social. “Deseche esos sueños políticos que son irrealizables”, le

dice Rivington a Fernández haciendo eco de las advertencias de su compatriota, el economista y filósofo Adam Smith.

Muchas veces, para cambiar el mundo, para transformar la sociedad, incumbe abandonar las grandes ideas, escoger un proyectico, uno solo, ejecutarlo y continuar con el siguiente. En un país dominado por los herederos de los oidores de Santafé, por los discursos grandilocuentes y los planes de desarrollo, no está demás volver sobre las enseñanzas de la atenuación inglesa, a saber: los proyectos pueden más que los discursos y los microescépticos, más que los macrosoñadores. 

## { Novedades }

*Derivas*  
Carlos Vásquez  
Editorial Universidad  
de Antioquia  
Medellín - Colombia  
2016  
136 p.



*El extraño universo de  
León de Greiff*  
Orlando Mejía Rivera  
Fondo Editorial  
EAFIT  
Medellín - Colombia,  
2016  
98 p.

